

Estados Unidos y el sistema internacional después del 11 de septiembre. Algunas reflexiones desde México

*José Luis Valdés Ugalde**

Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, en medio de los cuales se perpetró el ataque más grave que país occidental alguno haya sufrido en tiempos de paz y que cimbraron al mundo entero, dejaron un saldo aún impreciso y difícil de determinar en el largo ciclo de la historia mundial. También dejan muchas reflexiones pendientes. A raíz de esos atentados el sistema internacional quedó circunscrito de manera aun más conspicua a una dinámica compleja y con márgenes de maniobra estrechos. Asimismo, nos encontramos con elementos relevantes que hay que poner a consideración en la definición de los nuevos temas de la realidad mundial; entre éstos se encuentran los siguientes: *a)* la relación histórica entre globalidad y conflicto; *b)* la ausencia de un balance de poder y la preeminencia del unipolarismo estadounidense; *c)* la indefinición del problema del orden *vis à vis* el de la justicia; *d)* la ausencia de una institucionalización internacional acorde con los tiempos actuales; *e)* el conflicto acerca del mandato civilizatorio; *f)* la inestabilidad regional como nuevo foco de conflicto; y *g)* la ausencia de una reflexión autocrítica con respecto a nuestra relación con Estados Unidos, algunos de los cuales trataremos de desarrollar a continuación.

* Director del Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN).

La nueva globalidad no trajo nuevas formas de resolver ni de conciliar los viejos pendientes que la guerra fría había heredado al sistema internacional y al mundo. Desde el siglo XVII y probablemente desde los tiempos del Renacimiento un principio fue el dominante para lograr que “el orden” fuera conservado y preservado en un sistema internacional caótico y anárquico, principalmente en Europa y posteriormente en el resto del mundo. Este principio se llamaba “balance de poder”. Podemos decir que este principio alcanzó su apogeo durante los siglos XVIII, XIX y XX como una respuesta al problema del orden en el sistema europeo de Estados, y que se convirtió en una pieza central tanto de la definición de las políticas internacionales como de la reflexión teórica. Tanto realistas como idealistas, neorealistas, marxistas, posmodernistas y estructuralistas concibieron en este principio no sólo un pilar central del sistema internacional de Estados, sino también un garante de la estabilidad interna de los países. Es ya un hecho histórico que la guerra y el conflicto han acompañado en su caótico viaje este principio, el cual ciertamente no ha podido garantizar un espacio claro al orden internacional, que ha quedado supeditado a la inamovible realidad de la lucha por el poder y de la prevalencia de las voluntades hegemónicas provenientes del interior mismo del sistema internacional, sin solución aparente y cada vez más con problemáticas críticas tan nuevas como irresueltas. Se trata, en buena medida, de la necesidad de repensar el sistema internacional y el papel que el Estado y el peso de la política tienen o deben tener en la solución de las crisis que dicho sistema acumula y no resuelve tan diligentemente como se pensaba.

Si el balance de poder no funcionó para garantizar el orden, probablemente se deba a una contradicción originaria que M. Wight señaló con precisión en su momento, cuando observó que balancear radica en comparar pesos. La palabra balance ha perdido enteramente su significado de equilibrio.¹ En efecto, tal parece que el problema se refiere a la distribución de fuerza y poder tanto a nivel global como regional. He aquí la paradoja: sin fuerza no puede haber orden y se-

¹ Véase Martin Wight, “The Balance of Power”, en Herbert Butterfield y Martin Wight, eds., *Diplomatic Investigations: Essays in the Theory of International Relations* (Londres: Allen & Unwin, 1966).

guridad; sin orden y seguridad la fuerza no puede adquirirse o ejecutarse; de esta manera, la fuerza y su uso en el sistema internacional es un factor permanente que está presente en el proceso mismo en que se materializa y se hace perdurable; la fuerza en el nombre del orden puede condensar tanto a la fuerza misma como al orden al mismo tiempo; hay que decir, además, que el ejercicio unipolar de esta fuerza pone en riesgo el sistema internacional de Estados en la medida en que genera desequilibrios, que aun entre países que son aliados en objetivos estratégicos básicos, produce desventajas en la toma de decisiones y asimetrías en la obtención de beneficios de mediano y largo plazo; incluso más, se corre el riesgo de que haya más perjuicios como resultado de esta dinámica que afecten en forma generalizada a un amplio número de actores menores; esta contradicción se puede observar en las diferencias surgidas entre Estados Unidos y la Unión Europea al abordar la dimensión bélica y militarista de la respuesta dada a los atentados, tanto en el conflicto inmediato iniciado en Afganistán, como en la concepción estratégica de lucha contra el terrorismo. En este análisis, una política del balance de poder (siguiendo a Nicholas Spykman J.)² es, en primer lugar, una política para los grandes poderes. Los pequeños Estados, a menos que se puedan combinar en forma exitosa, sólo son “pesos” en un balance usado por otros (son conocidos como *buffer states*).

Así, la fuerza se puede revertir en la medida en que su ejercicio pierde el equilibrio que en rigor físico daría al orden su razón de ser. El fin de la guerra fría acabó de un plumazo con el precario equilibrio que mantenía el orden bajo un frágil régimen. Al disolverse el dominio soviético y al desmoronarse su espacio hegemónico (y su razón de ser como el rival de Occidente), principalmente en Europa, dio comienzo la desaparición de un ejercicio del poder clásico de la bipolaridad y los factores del poder internacional se modificaron sustantivamente dejando a la deriva viejos arreglos que, bien o mal, ayudaban a contener algunos conflictos regionales e internacionales que tenían alguna identidad con los objetivos y sentido de alguno de los dos bloques. Se creó un vacío que, aunque de malos arreglos,

² Nicholas Spykman J., *America's Strategy in World Politics: The United States and the Balance of Power* (Nueva York: Harcourt, Brace & Co., 1942).

en el pasado se llenaba con soluciones de corto plazo que hoy siguen siendo polémicas, aunque en alguna medida prácticas para contener crisis. No deja de ser paradójico que en la guerra contra los soviéticos los talibanes que controlaron Afganistán, y presumiblemente una red de terrorismo internacional nunca antes vista (Al Qaeda), fueron ensalzados por Ronald Reagan como luchadores por la libertad y, por supuesto, apoyados por el gobierno de Estados Unidos para ganar la guerra de intervención a Moscú. Se trató, si no de una solución negociada entre dos potencias que solían llegar a buenos arreglos, sí de la exacerbación del “otro”. Los soviéticos aceptaron la derrota, emprendieron la retirada, Washington obtuvo territorio y, por tanto, acceso a recursos energéticos significativos, aunque aún muy poco evaluados, sin pensar siquiera que era un arreglo que se le revertiría en forma, hoy lo vemos, contundente: la fuerza con la que Washington logró un orden regional relativo y precario en tiempo y eficacia fue la fuerza (en su expresión más grotesca) con la que se le respondió aquel 11 de septiembre; fue la fuerza (impulsada por el mesianismo fundamentalista, que quiere ver *todo* lo opuesto destruido) que violentó el orden precario conservado hasta ahora con poco sentido de la historia.

Se olvidó el pasado y éste se repitió en su peor modalidad, quizás para provocar que ya nada siga igual en el orden internacional, o quizás para inaugurar una nueva etapa de dominio y, por lo tanto, de conflicto, que podría ver ciertamente un ejercicio del unipolarismo estadounidense nuevo, pero ahora con un más profundo sentido mesiánico: en la lucha del bien contra el mal, la ausencia del “otro” real (la URSS) y, por ello, la construcción simbólica del “otro” aparente (el terrorismo *plus*), y las más de las veces inexistente, se hará más que nunca necesaria como razón de Estado. La ausencia del sinodal soviético dejó a Estados Unidos y al mundo relativamente solos y a la vez frente a sí en el medio de una nueva modalidad de retórica teológica que desde siempre ha permeado en la valoración de la realidad y la toma de las decisiones en Washington. Valga decir que frente a esta situación la comunidad internacional no ha previsto mecanismos institucionales realistas para lograr recuperar aunque sea algo del equilibrio precario que la bipolaridad ofreció.

* * *

Dice el filósofo ruso Mijaíl M. Bajtín que “al mirarnos uno al otro dos mundos distintos se reflejan en nuestras pupilas”.³ Se trata de la valoración de la diferencia desde la semejanza, así como del riesgo que supone no asumirla con sentido histórico. Estados Unidos ha sido casi siempre una nación insular. Sus gobiernos han impreso a sus políticas un sentido teológico. Existe una teología de la seguridad, otras de la democracia, del libre comercio, del mercado, etcétera. La noción civilizatoria del mundo va aparejada con la visualización excepcional de sí mismos, así como con su sentido de misión. Se trata, como afirmó Gertrude Stein, de la nación más antigua del mundo por ser la primera nación moderna. Se trata, en suma, de una nación con un gran poder de construcción y de destrucción, y aunque en algunas ocasiones tiene una visión aldeana del mundo, es tecnológica, económica y en el orden sistémico sumamente modernizada.

No obstante lo anterior, el concepto de civilización dominante que prevalece en Occidente ha sido edificado en Estados Unidos con gran maestría; este país se ha convertido con éxito en el actor de vanguardia que encamina los avances tecnológicos y militares más significativos y sorprendentes del mundo occidental. El conflicto que deviene tragedia ha sido remontado con una habilidad pocas veces vista y su capacidad de recuperación, así como de edificación, ha sido evidente. Coincido con varios análisis recientes en que a pesar del contenido mesiánico de su discurso y acción, Estados Unidos se ha convertido en un poder que en el plano interno ha mantenido (y heredado a muchas otras naciones) una sociedad compleja en permanente movimiento y crecimiento económico y político. Se trata de una sociedad que ha decantado con éxito los más altos valores de la democracia liberal (no sin el riesgo de traicionarlos por medio del ejercicio de un capitalismo sin escrúpulos incluso en el plano interno). Por el contrario, y para desdicha de sus aliados, incluido México y su agenda de negociaciones bilaterales, su política exterior generalmente polémica se enfrenta hoy violentamente al poder destructor de un concepto de civilización extremadamente minoritario como lo es el

³ Mijaíl M. Bajtín, *Yo también soy (Fragmentos sobre el Otro)* (México: Taurus, 2000), 33.

fundamentalismo islámico, el cual ha traicionado la esencia del mensaje del Corán y de su máximo profeta Mahoma, que veían en la paz, la reconciliación, el respeto y el perdón los valores máximos de su fe. Por esta razón es cuestionable que a la respuesta que se ha dado al ataque sufrido en Nueva York y Washington le siga un discurso con contenido maniqueo, que olvida que lo que realmente importa aquí —en este proceso de recuperación del precario orden mundial— es una *nueva legalidad internacional* que vaya acompañada por una verdadera reinstitucionalización de los organismos internacionales que den sentido a los ordenamientos sobre los que debe basarse la solución de los conflictos; una nueva legalidad internacional acorde con los tiempos actuales. En esta materia, Estados Unidos tiene una enorme responsabilidad histórica.

Es cierto que la comunidad internacional nunca logró dar al mundo posterior a la bipolaridad un orden comprensivo. Pesó demasiado la ausencia del otro oponente. Pesó la falta de una contraparte que evitara, y de alguna forma, contuviera la polarización de crisis regionales hasta el riesgo de la conflagración. El peso de los deberes y el deber de los poderes fueron puestos de lado. Los mortales aviones en Estados Unidos, así como las consecuencias varias que seguirá teniendo la represalia de Estados Unidos y la muy probable respuesta a ésta por parte del fundamentalismo islámico, nos sitúan ante una nueva precariedad que podría tener una duración larga e imprevisible. Por ello, el criminal atentado nos obliga a repensar y resolver las paradojas del sistema internacional para así coadyuvar a resolver las paradojas y contradicciones del sistema y de los sistemas regionales, de forma tal que nos permita lograr mecanismos para arribar a soluciones propias de Estados nacionales soberanos. Se puede pensar que la declaración de “guerra santa” hundirá al mundo en una etapa de incertidumbre y dolor. No obstante, en el estudio de esta problemática, creo necesario, en esta coyuntura global tan crítica, insistir en la elaboración de diagnósticos que enriquezcan las explicaciones sobre el nuevo orden internacional.

* * *

Por último, algunas consideraciones se hacen necesarias en relación con el “antiamericanismo” y el futuro de la política exterior de Esta-

dos Unidos en nuestra región.⁴ En primer lugar, ha llegado la hora de realizar una autocrítica de la tradición intelectual que ha dominado en México y América Latina cuando se analiza la relación con Estados Unidos. Se hace necesario realizar este ejercicio reconociendo que nuestras realidades nacionales y continental son responsabilidad, ante todo, de nosotros mismos y de las decisiones históricas que han tomado quienes han gobernado nuestros países, así como de las sociedades que han aceptado dichas decisiones. El nuevo impulso intervencionista estadounidense (económico y político) desde 1848 y a partir de 1954, cuando se derrocó al gobierno legítimo de Jacobo Arbenz en Guatemala, ha sido en parte posible gracias al entreguismo nada sutil de las clases políticas internas; en México, Santa Anna, ante la sed de poder neoimperial, entregó la mitad del territorio mexicano. En Guatemala, el golpista general Castillo Armas fue apoyado por la United Fruit Company y por el Departamento de Estado, pero además por las jerarquías militar, eclesiástica y empresarial guatemaltecas, que vieron en la modernización emprendida por Arbenz una amenaza a sus grandes y viciados intereses políticos y económicos. Estados Unidos es una potencia mundial que nunca ha disimulado su interés hegemónico. ¿Por qué, entonces, aspirar a convertirla en una paloma mensajera de la paz y condenarse al inmovilismo como consecuencia? A la vez, la valoración de todos nuestros males a la luz de la crítica neocolonial es un lamentable error estratégico que sume a la *intelligentsia* y a la sociedad en un círculo perverso de autocomplacencia que eventualmente mina la sustancia del proyecto nacional y del análisis crítico, que consiste en tener ideas claras acerca de cómo llevar a cabo y con éxito los planes de desarrollo económico y de modernización de la política. Asimismo, ésta tendrá también que ser la manera en que Washington plantee sus prioridades a la hora de negociar, considerando los factores dominantes del interés nacional de su contraparte y no desde la beligerancia argumentativa que no ofrece soluciones prácticas a los grandes problemas nacionales y a los de la relación bilateral.

Ciertamente, el intelectual debe ser, por definición, crítico, pero no es válido refugiarse en este ejercicio para justificar un pensamiento

⁴ Sobre el "americanismo" véase Paul Hollander, *Antiamericanism. Critiques at Home and Abroad, 1965-1990* (Oxford: Oxford University Press, 1992).

vacío, sin propuestas y carente de imaginación política. El peligro es que el *antiamericanismo* puede llegar a ser tan simplista y conservador como el anticomunismo de la era macartista. Más allá de recurrir a la “corrección política” a toda prueba y quedar sometido, como decía el poeta Vicente Huidobro, a “la esclavitud de la consigna”, se trata más bien de idear las maneras de modernizar nuestras instituciones políticas y económicas para erradicar la corrupción, el fraude electoral, las prácticas malsanas del empresariado nacional, del sindicalismo de cualquier cuño y de los partidos políticos y otros muchos vicios nacionales. Aunque existan razones históricas para el *antiamericanismo*, Estados Unidos no es responsable de aquellas decisiones que, por ejemplo, han retrasado irresponsablemente el desarrollo económico y la modernidad política debido a nuestro subdesarrollo político y económico. Un modelo económico propio y comprensivo y un sistema político de *checks and balances* (controles y equilibrios) eficiente, tal y como el que tiene Estados Unidos, es un reto que corresponde a toda sociedad. Una vez que, a la luz del consenso y de la participación de los actores nacionales, lo anterior se lleve a cabo, entonces procederán los ajustes de cuentas y el deslinde de responsabilidades. Corea del Sur, un referente clásico al analizar el caso mexicano, logró instrumentar con eficacia medidas macro y microeconómicas para reconstruir y consolidar su planta industrial nacional, generar la producción de insumos tecnológicos propios para la exportación y avanzar con éxito en el contexto de un modelo de desarrollo muy similar al mexicano. ¿Por qué México no lo hace? Ésta es una pregunta que nos debemos responder nosotros mismos antes de buscar la solución allende el Río Bravo. El 11 de septiembre de 2001 se ha convertido, en los hechos, en la oportunidad histórica para intentar una revisión crítica del antiamericanismo mexicano y hemisférico. Se trata también de la oportunidad para instrumentar propuestas que lleven no sólo a entender cabalmente nuestra relación con Estados Unidos, sino también a replantear sus términos. La estrategia de modernización mexicana, en el contexto de un orden regional e internacional complejos, será necesariamente el preámbulo para que esto sea posible.